

Los cristianos y la política en el pensamiento de Mons. Romero

Álvaro Artiga González¹

Departamento de Sociología y Ciencias Políticas

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

El pensamiento de Mons. Óscar A. Romero, arzobispo de San Salvador entre 1977 y 1980, mártir por odio a la fe y declarado beato en 2015, puede ser interpretado desde distintas perspectivas, según los intereses y las especialidades de quien lo interpreta. Aquí, el interés es la pastoral de acompañamiento, mediada por una visión sociopolítica. Desde esa perspectiva, se puede afirmar que en sus homilías, cartas pastorales, discursos y en otros escritos, Mons. Romero expresa trazos para una utopía social. Una de las expresiones que utiliza para referirse a esta utopía es la de “una sociedad según el corazón de Dios”. Pero no se trata de un planteamiento utópico en el sentido de no tener lugar en, o constituir una huida de, la realidad. Al contrario, Mons. Romero imagina una sociedad para los salvadoreños que refleje en la historia el “proyecto de Dios” para la humanidad. Un proyecto realizado por hombres y mujeres que, de esa manera, colabora con Dios.

Este trabajo recorre varias de las homilías pronunciadas por Mons. Romero durante su ministerio arzobispal y repasa algunas de sus cartas y discursos. En ellas se encuentran palabras dirigidas a los cristianos para animarlos a colaborar con Dios, en la concreción histórica de su salvación. Mons. Romero estaba convencido de que los cristianos tenían un papel político (una misión) que desempeñar. A la identificación de esa misión (el compromiso) se dirige este trabajo. Para ello, en primer lugar, se presentan dos caracterizaciones de Monseñor que se pueden entresacar de sus homilías: el beduino y el precursor. Después, se revisan las palabras referidas al compromiso político de cuatro categorías de cristianos: la jerarquía eclesiástica, las personas, los militantes de las organizaciones políticas y los funcionarios gubernamentales. Finalmente, se

1. Correo electrónico: alartiga@uca.edu.sv.

retoman algunas palabras dirigidas a los cristianos ricos. En definitiva, Mons. Romero pide a todos que colaboren para hacer de la sociedad salvadoreña una sociedad de hermanos.

1. El beduino

En la homilía de la misa exequial de Alfonso Navarro, sacerdote diocesano, asesinado el 11 de mayo de 1977, Mons. Romero contó la siguiente historia:

Cuentan que una caravana, guiada por un beduino del desierto, desesperada y sedienta, y buscaba agua en los espejismos del desierto; y el guía les decía: “No por allí, por acá”. Y así varias veces, hasta que hastiada aquella caravana sacó una pistola y disparó sobre el guía; agonizante ya, todavía tendía la mano para decir: “No por allá, sino por aquí”. Y así murió, señalando el camino” (12 de mayo de 1977, Tomo I, p. 53)².

En esa ocasión, Mons. Romero aplicó esta leyenda al padre Alfonso Navarro. Dos años y medio después, en la coyuntura abierta por el golpe de Estado dado por la juventud militar contra el general Carlos Humberto Romero, el 15 de octubre de 1979, Mons. Romero volvió a contar la historieta del beduino. Dada la forma como la contó y la comentó, se puede afirmar que la aplicó a la Iglesia que trataba de construir.

La Iglesia —ya les he repetido mil veces— no está cuidando una imagen agradable a todos, sino decir la verdad, aunque se quede sola. Será la figura de aquel beduino —que yo recordaba cuando la muerte del padre Navarro—, que una caravana, perdida en el desierto, le pidió que la condujera; sedientos veían el espejismo: “Parece agua”, y se lanzaban allá, engañados; y el beduino les decía: “No, es un engaño”; y seguían caminando y otra vez el espejismo: “No es agua, sigan por aquí”; y tanto se enojaron que sacaron una pistola y mataron al pobre beduino. El conductor del desierto que, con su mano tendida, ya muerto, estaba diciéndoles todavía: “Por aquí”, es la mano de Cristo que muchos no soportan; es la mano de la Iglesia que, en el caminar tan confuso de este desierto, nos va guiando. ¡Dejémonos guiar por ella! (28 de octubre de 1979, Tomo V, p. 463).

En la homilía del 4 de noviembre, teniendo muy presente la crisis socio-política del país y las lecturas del día, Deuteronomio 6,2-6; Hebreos 7,23-28; y Marcos 12,28-34, Mons. Romero habló de tres idolatrías, que amenazaban con echar por la borda una posible salida a la situación: la absolutización de la

2. La cita de las homilías refiere a la edición crítica de UCA Editores de 2000, San Salvador, El Salvador.

riqueza, de la seguridad nacional y de la organización política³. Cada una de esas idolatrías tenía sus respectivos ídólatras: los ricos, los militares y los dirigentes de las organizaciones políticas populares. Como el beduino de la leyenda, Mons. Romero anunció:

Yo creo que una puerta entreabierta está frente al porvenir de la patria, que la podemos acabar de abrir entre todos o la podemos echar a perder entre todos también.

Yo creo, hermanos —y esto no es ninguna bendición a ningún golpe de Estado—, que si de veras se llenaran estas recomendaciones que la Iglesia hace hoy: buscar el bien común del pueblo y, desde el pueblo, adorar al único Dios, no me cabe duda de que allí iría el camino de nuestra salvación; pero si, de veras, comenzamos a cerrar esa esperanza con los acontecimientos tan dolorosos de esta semana recién pasada, se ciernen sobre la patria una desesperanza sin igual, sangre, horror. Yo no quisiera que se siguiera caminando por estos derroteros tan peligrosos por donde ha ido la historia en esta última semana (4 de noviembre de 1979, Tomo V, pp. 499-500).

Un poco más de tres meses después, el 24 de marzo de 1980, el “beduino salvadoreño” fue asesinado. La “caravana” no soportó sus llamamientos a la cordura y a la conversión. El Salvador siguió por el camino que Mons. Romero no deseaba que siguiera: “¡Por allí no!”, insistió este beduino. Por allí no se encuentra “el camino de nuestra salvación”. Y así fue, durante más de una década, las principales fuerzas sociales y políticas del país optaron por seguir un camino de “una desesperanza sin igual, sangre, horror”. Treinta y seis años han pasado desde el asesinato de este beduino salvadoreño, declarado recientemente por la Iglesia mártir, beato y, dentro de poco, santo. Si se abren bien los ojos, se verá que su “dedo sigue apuntando el camino” para encontrar “nuestra salvación”, la salida del país de “la desesperanza sin igual, sangre, terror”, en la que se encuentra inmerso “en esta hora”⁴.

2. El precursor

En la homilía del 9 de diciembre de 1979, correspondiente al segundo domingo del tiempo de adviento, Mons. Romero insistió en el papel que hombres y mujeres están llamados a jugar en la historia humana para hacer de ella una historia de salvación. Como era tradicional, Mons. Romero presentó su homilía en tres pensamientos. El segundo declaraba “el Precursor, símbolo de la cola-

3. Un tratamiento más extenso de estas tres idolatrías se encuentra en la cuarta carta pastoral, *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país*, del 6 de agosto de 1979.

4. Esta es una frase muy frecuente en las homilías e indica una especie de coyuntura crítica, como se dice en las ciencias sociales, o de *kairós*, como suelen decir los teólogos.

boración humana en la historia de la salvación”⁵. Monseñor presentó la misión de Juan Bautista como anunciador de la salvación que Dios ofrece a su pueblo. Este no era un asunto de interés solamente espiritual o religioso. Esa salvación tenía coordenadas históricas. Unas coordenadas que, según Monseñor, eran muy parecidas a las de El Salvador de finales de la década de 1970.

¡Y vaya si en los tiempos de Juan Bautista no había una gran maraña política! Había grupos políticos, como los hay hoy. Había quienes estaban a favor del imperio, quienes estaban contra el imperio; y, en la facción de la oposición al imperio, había diversos partidos, lo que llamaríamos hoy, también, organizaciones políticas populares; había también brazos armados de esas organizaciones. La historia del tiempo de Jesús es maravillosamente igual a nuestro tiempo. Y Juan Bautista no se hace facción, sino que se hace heraldo del Rey. A todos —como lo vamos a ver el próximo domingo— dirá una palabra de salvación. No hay exclusivismos en su corazón. A todos los llama el Señor para formar su pueblo. Pero sí, también es valiente para rechazar, aunque se llame rey, a aquel que está cometiendo pecado. Y, precisamente, por llamarle la atención a Herodes, paga con su cabeza la valentía de reclamar el pecado al mismo rey; pero Juan no se identificó con ninguna facción (9 de diciembre de 1979, Tomo VI, p. 33).

Las similitudes señaladas por Monseñor permiten entrever la conciencia que tenía de su papel en la coyuntura histórica salvadoreña donde le tocó ejercer su ministerio episcopal. Al igual que Juan Bautista, él también debía anunciar la llegada de la salvación de Dios a la historia salvadoreña. Debía denunciar todo aquello que obstaculizaba que la salvación de Dios se realizara históricamente en el país. Debía llamar a la conversión convencido de su eficacia histórica. Aunque algunos puntos permitían hacer una comparación con Jesús de Nazaret, Mons. Romero prefirió compararse con Juan el Bautista, en cuanto precursor, alguien llamado a preparar el camino para la llegada del reino de Dios, para que el pueblo reciba a Cristo y para que como pueblo de Dios continúe la obra salvadora de Cristo en la historia. Esta misión es la que le da sentido a su prédica.

¡Qué honor sería para mí, queridos hermanos, queridos radioyentes, que me escucharan no por curiosidad, sino que me escucharan como se escuchaba a Juan Bautista: “¿Qué hacemos para encontrar el reino de Dios?”. Y yo sé, y le doy gracias al Señor, cuántos se han convertido porque de verdad buscan, en la palabra de Dios, lo que la palabra de Dios tiene que decir: el no al pecado y la aprobación de la virtud. No quiero ser otra cosa; y si en este púlpito

5. Mons. Romero tituló esta homilía “Dios viene a salvar en la historia y con la colaboración de los hombres”. Los tres pensamientos en los cuales la sintetizó fueron 1) Dios viene a salvar en la historia de los hombres; 2) el Precursor, símbolo de la colaboración humana en la historia de la salvación; y 3) Nuestra Iglesia y nuestra historia.

tenemos que denunciar abusos, atropellos, pecados, injusticias, es porque queremos seguir cumpliendo la misión de Juan: prepararle al pueblo para que reciba a Cristo, para que forme parte del pueblo mesiánico (13 de enero de 1980, Tomo VI, p. 173).

En una especie de hipóstasis con la Iglesia, Mons. Romero atribuye a la Iglesia el ser precursora de la historia salvadoreña. La Iglesia, en su conjunto, debía ser también precursora, anunciadora, de la salvación de Dios, en las circunstancias histórico-políticas en las cuales desempeña su labor. Al igual que Juan Bautista, “la Iglesia tiene que ser el clamor del Señor, la voz que clama siempre en el desierto: ‘¡Preparad los caminos del Señor!’” (9 de diciembre de 1979, Tomo VI, p. 34). Se trata de una tarea terrenal (y, por lo tanto, política) con trascendencia histórica. Dicho de otra forma, Mons. Romero entiende su ministerio desde la perspectiva del precursor y desea que la Iglesia como precursora contribuya a historizar la salvación cristiana⁶.

Pero la cerrazón de la mente y la dureza del corazón de sus contemporáneos impidieron la realización histórica de ese llamado. No solo eso. De la misma manera que el precursor, Mons. Romero fue asesinado. Hace treinta y seis años, desapareció como un hombre de carne y sangre, de esta tierra. Pero su palabra, que expresa su espíritu, ha quedado para los contemporáneos que le han sobrevivido y para las nuevas generaciones. Sus llamamientos están allí. Es cuestión de ponerlos a producir, en las nuevas coordenadas históricas con la convicción de que anuncian la llegada de la salvación de Dios a la historia actual de los salvadoreños. Dios quiere, una vez más, salvar a los salvadoreños del contexto de muerte y sufrimiento en el que hoy están metidos.

3. Los cristianos y la política

El ministerio episcopal de Mons. Romero ocurrió en uno de los períodos más densos de la historia política salvadoreña. Visto en retrospectiva, la transición desde el régimen autoritario, que había prevalecido desde la década de 1870, estaba a punto de iniciarse. El golpe de Estado del 15 de octubre de 1979 puede considerarse como el momento de ruptura con aquel régimen oligárquico. Pero ese momento se gestó a lo largo de la década de 1970, al agotarse el modelo económico agroexportador, por un lado, y al erosionarse la legitimidad del régimen político, por el otro lado. La Iglesia católica salvadoreña, especialmente la arquidiócesis de San Salvador, jugó un papel decisivo en este último proceso, incluso antes de que Mons. Romero fuese nombrado arzobispo. En la línea pastoral del Vaticano II y de Medellín, sectores de la Iglesia asumieron la

6. I. Ellacuría, “Historicidad de la salvación cristiana”, en *Escritos teológicos*, vol. I, pp. 535-596 (San Salvador: UCA Editores, 2000).

promoción humana, especialmente de los sectores sociales más pobres, como parte integral de su misión evangelizadora.

El apoyo a las reivindicaciones sociales y económicas de los sectores populares favoreció la politización de sectores eclesiales del país. La promoción de cooperativas campesinas y la demanda de una reforma agraria más la negativa respuesta gubernamental y de los sectores oligárquicos crearon un ambiente favorable a la politización de movimientos campesinos, aun cuando la organización campesina no estaba contemplada en la legislación. La práctica pastoral en la zona de Aguilares, en el norte del departamento de San Salvador, quizá sea la más conocida y, sin duda, la que impresionará decididamente a Mons. Romero, una vez nombrado arzobispo.

En la década de 1970 surgieron las organizaciones populares y las político-militares, que más tarde dieron origen al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). No pocas de ellas se alimentaron con los líderes surgidos en los ambientes vinculados a la nueva práctica pastoral. La mayor politización de las organizaciones populares, donde no pocos cristianos creían encontrar un espacio para vivir el compromiso político que su fe les exigía, se convirtió también en una de las mayores preocupaciones de los obispos de la arquidiócesis. De hecho, este es uno de los temas recurrentes en las homilías de Mons. Romero. En el contexto de esta preocupación hay que entender sus llamados a los cristianos para que vivieran auténticamente su fe, participando en política, pero sin confundir la institución eclesial con la organización política, ni manipular a la Iglesia⁷.

Mons. Romero deseaba que la Iglesia no hiciera proselitismo político. Su repetida insistencia y sus aclaraciones resultaron inútiles, porque los sectores vinculados al régimen oligárquico, tanto dentro como fuera de la Iglesia, lo acusaron permanentemente de ello. Ahora bien, es indudable que la praxis eclesial de Mons. Romero, incluidas sus prédicas, tenían impacto político. Al abordar conceptualmente la relación de los cristianos con la política, en su pensamiento, debe tenerse presente la distinción que él mismo hacía entre la Iglesia institucional y los cristianos individuales. Esa distinción no excluye a los cristianos de la Iglesia, sino que permite diferenciar dos formas de impactar en la vida política, desde una perspectiva soteriológica.

3.1. La jerarquía eclesiástica

La Iglesia, según Mons. Romero, tiene que pronunciarse sobre las realidades políticas, pero sin que ello pudiera implicar que estaba sometida a presiones

7. De hecho, este es el tema de su tercera carta pastoral: *La Iglesia y las organizaciones políticas populares*.

políticas similares a las que podían experimentar los actores específicamente políticos, esto es, los partidos, los líderes, los presidentes, los ministros, los diputados, los alcaldes o los concejales municipales, etc. Desde el comienzo de su ministerio episcopal, Mons. Romero animó y defendió a los miembros de la Iglesia que deseaban aportar al proceso político salvadoreño para transformar las estructuras sociales opresoras. Ahora bien, un proceso de liberación de las realidades temporales, terrenas, debía trascender hasta Dios. La Iglesia aportaría a la búsqueda de esa trascendencia, porque solo en Dios se encontraría la verdadera liberación.

Pero, ¿cuál sería, entonces, el aporte específico de la Iglesia al proceso de liberación de las estructuras opresoras? Una primera respuesta se encuentra en la vida y la praxis de Rutilio Grande, sacerdote jesuita asesinado el 12 de marzo de 1977, pocos días después de que Mons. Romero asumiera el cargo de arzobispo. Frente al hecho primordial de un cadáver, el de un sacerdote martirizado, Monseñor extrajo una lección para una Iglesia que quería ser sacramento de la salvación de Dios en la historia, para una Iglesia que asumía como suyas las luchas por la liberación de toda clase de opresión: “la Iglesia no puede estar ausente en esa lucha de liberación; pero su presencia en esa lucha por levantar, por dignificar al hombre, tiene que ser [...] una presencia muy original” (14 de marzo de 1977, Tomo I, p. 32).

El primer aporte político de la Iglesia es, pues, acompañar los esfuerzos de transformación social, la lucha por la liberación de las estructuras opresoras de los seres humanos. Es una presencia en la lucha por dignificar al hombre. Esta respuesta, al proceder de la vida testimonial del padre Grande, muestra que es una presencia jerárquica. Pero, ¿en qué consiste esa presencia? ¿Cómo se concreta más allá de la presencia física solidaria? ¿Qué hace que dicha presencia sea “muy original”? Es decir, ¿qué la hace distinta de la presencia que pueden tener otros actores? Aquí es donde aparece la dimensión cristiana, que hace la diferencia. La fe en un Dios, revelado por Jesucristo, como Padre. Una fe que hace de los seres humanos hermanos y, por lo tanto, compromete políticamente para luchar por una sociedad libre de toda clase de opresión. La Iglesia se hace presente, tanto desde su jerarquía como desde su base, para ofrecer una inspiración de fe, una iluminación, que permite distinguir cualquier oferta de liberación terrenal que no vaya más allá de las ideologías y de los intereses particulares.

La presencia de la Iglesia en los procesos de transformación social no pretende suplantar a las organizaciones sociales y políticas, que también intervienen en ese proceso. Su presencia es una contribución con un sentido crítico. Así lo expresó en su segunda carta pastoral:

... no pretendo suplantar al necesario esfuerzo de la razón humana en buscar soluciones concretas y viables a nuestros graves problemas. Pero con la luz de la fe estoy seguro de ofrecer la contribución que la Iglesia tiene que aportar

para purificar y fortalecer esos esfuerzos razonables porque los libera de torcidos intereses y les garantiza la complacencia de Dios (p. 41)⁸.

Por el otro lado, a la luz de la pastoral del padre Grande, la Iglesia también aportaba hombres y mujeres que organizaban su vida según el corazón de Dios. Por eso, ponen “a la base de su prudencia y de su existencia, una doctrina: la doctrina social de la Iglesia [...] Es un mirar a Dios y, desde Dios, mirar al prójimo como hermano y sentir que todo lo que hicieris a uno de estos, a mí lo hicisteis” (14 de marzo de 1977, Tomo I, p. 33).

La presencia del clero en el proceso político, acompañando e iluminando a otros cristianos directamente comprometidos en las organizaciones sociales o políticas, fue una preocupación importante para Mons. Romero, en tanto que arzobispo. Le preocupó muchísimo que algunos miembros del clero fueran acusados de proselitismo político. Pero, como ya se dijo, eso no significó que desalentara su presencia en el proceso político. Al contrario. Exhortó a los sacerdotes a acompañar (de allí la necesidad de una pastoral de acompañamiento) de manera muy particular a los cristianos que se sentían llamados a realizar su vocación en el ámbito político, en la lucha por la liberación. A propósito del trabajo pastoral de Ernesto Barrera Motto, sacerdote diocesano asesinado el 28 de noviembre de 1978, Mons. Romero sacó la siguiente conclusión para la jerarquía eclesial.

Nosotros, con una doctrina que nos habla de la trascendencia y del más allá, somos los llamados por Dios para acompañar también a todos los que se esfuerzan por dar a esta tierra un sentido más humano, por dar una igualdad más cristiana, más fraternal a los hombres, darles su verdadera esperanza, su verdadera fuerza (29 de noviembre de 1978, Tomo III, p. 442).

Para Monseñor era fundamental que el acompañamiento no perdiera la perspectiva de la fe, desde la cual trabajaba, y que no se manipulara la institución eclesial con fines meramente terrenales. La pérdida de perspectiva o la manipulación serían equivalentes a suplantar la Iglesia y su misión por un trabajo meramente terrenal, el trabajo que precisamente deben hacer los políticos.

Queridos sacerdotes, religiosas, religiosos, fieles, catequistas, comunidades cristianas, que no se aparte nunca de nosotros este ideal: hacer una Iglesia que sea instrumento de reconciliación de los hombres con Dios; que [...] jamás tratemos de suplantar el trabajo político de los hombres políticos con nuestro trabajo pastoral; que seamos, ante todo, pastores haciendo una Iglesia de reconciliación, desde la cual seremos mucho más eficaces, aun cuando toquemos la política de la tierra, que metiéndonos como si fuéramos

8. Las cartas pastorales citadas remiten a *Monseñor Romero*, Cuaderno n.º 18, Centro Monseñor Romero (San Salvador, 2007).

políticos a suplir lo que los políticos tienen que hacer (16 de marzo de 1980, Tomo VI, p. 402).

La preocupación de Mons. Romero por la identidad de la Iglesia aparece en su primera carta pastoral⁹. La misión de la Iglesia consiste en comunicar la gracia y la verdad a todos los seres humanos: “su servicio como signo e instrumento de la verdad y de la gracia que redimen al mundo desde el Misterio pascual, la obliga, con la exigencia de un mundo, necesitado de salvación, a no adulterar en lo más mínimo su magisterio y su ministerio”¹⁰.

Incluso podría decirse que esta preocupación fue una cuestión programática en el ministerio episcopal de Mons. Romero aun antes de ser arzobispo de San Salvador. En la carta pastoral que publicó siendo obispo de Santiago de María, expresó su deseo de que su diócesis fuera ante todo Iglesia, distinta a cualquier otra organización dedicada a luchar por intereses temporales¹¹. Ahora bien, esa distinción no debía entenderse como una alienación, ni como cobardía o miedo a comprometerse en las luchas temporales. Al contrario, como lo dirá repetidamente, esa distinción permitía a la Iglesia tomar la distancia adecuada de todo proyecto terreno para iluminarlo y orientar desde la fe a quienes lo promovían.

Así es como queremos nuestra Diócesis: Iglesia ante todo, fuerte y bella en su fe, en su gracia y en su comunión jerárquica, para poder ser signo de Dios que se distingue de los intereses temporales no por alienación o cobardía, sino precisamente para poderlos ayudar mejor, con propia competencia dándoles su sentido cristiano y orientándolos a sus verdaderos objetivos y soluciones¹².

¿Por qué tendría la Iglesia que hablar de política y vivir una tensión para no perder su identidad como tal? ¿No sería mejor dejar esos asuntos a los laicos, pues son ellos los principales afectados por la política? ¿No debería la Iglesia dedicarse mejor a “salvar las almas”, si su misión es espiritual? Mons. Romero justificó dos características de su predicación y de la de otros sacerdotes, la denuncia del pecado, individual y social, y la llamada a la conversión, desde la concepción de la Iglesia como “sacramento universal de salvación” del Vaticano II.

Por estar en el mundo y ser para el mundo, solidaria con la historia del mundo, la Iglesia descubre el lado oscuro de ese mundo, sus abismos de maldad, lo que hace fracasar al hombre, degradándolo, deshumanizándolo. La Iglesia toma muy en serio esa realidad tenebrosa que nos rodea por todas partes¹³ (*La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia*, pp. 45-46).

9. *Iglesia de la Pascua*, 10 de abril de 1977.

10. *Ibid.*, p. 33.

11. *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 18 de mayo de 1975.

12. *Ibid.*, p. 13.

13. *La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia*, 6 de agosto de 1977, pp. 45-46.

La “realidad tenebrosa” es ese pecado que hay que denunciar. Un pecado que no es solamente individual, sino que “nos rodea por todas partes”, cristaliza en estructuras. Se convierte en pecado estructural. Este pecado también debe ser denunciado. Esta es una cuestión fundamental.

Propiamente la Iglesia ha denunciado durante siglos el pecado; ciertamente ha denunciado el pecado del individuo y también ha denunciado el pecado que pervierte las relaciones entre los hombres, sobre todo a nivel familiar. Pero ha vuelto a recordar lo que, desde sus comienzos, ha sido algo fundamental: el pecado social, es decir, la cristalización de los egoísmos individuales en estructuras permanentes que mantienen ese pecado y dejan sentir su poder sobre las grandes mayorías¹⁴.

Mons. Romero imaginó, y puso toda su energía en la construcción de, una Iglesia que fuera “el Cuerpo de Cristo en la historia”. De hecho, el título de su segunda carta pastoral como arzobispo de San Salvador recoge esta idea¹⁵. De esta identidad, deriva la necesidad de denunciar el pecado estructural, aunque dicha denuncia sea malentendida como una intromisión en la política o como un alejamiento del evangelio. La denuncia del pecado estructural y el llamamiento a la conversión son las maneras para hacer presente a Cristo en la historia.

Como Jesús, la Iglesia tiene que seguir denunciando el pecado de nuestros días. Tiene que denunciar el egoísmo que se esconde en el corazón de todos los hombres, el pecado que deshumaniza a los hombres, que deshace a las familias, que convierte el dinero, la posesión, el lucro y el poder como fin de los hombres. Y, como cualquiera que tenga un mínimo de visión, una mínima capacidad de análisis, la Iglesia tiene que denunciar lo que se ha llamado con razón el “pecado estructural”, es decir, aquellas estructuras sociales, económicas, culturales y políticas que marginan eficazmente a la mayoría de nuestro pueblo¹⁶.

El fundamento de la denuncia del pecado estructural es Jesús de Nazaret. El párrafo citado comienza “Como Jesús”. Así, pues, en Jesús se encuentra el fundamento de la intervención de la Iglesia en los asuntos políticos. Su misión, así fundamentada, no puede ser otra que hacer presente a Cristo en la historia. La fidelidad de la Iglesia a su misión viene dada por ser o no el “Cuerpo histórico de Cristo”.

Por eso, en las diversas circunstancias de la historia, el criterio que guía a la Iglesia no es la complacencia o el miedo a los hombres, por más poderosos y temidos que sean, sino el deber de prestar a Cristo en la historia, su voz de

14. *Ibid.*, p. 46.

15. *Ibidem*.

16. *Ibid.*, pp. 53-54.

Iglesia para que Jesús hable, sus pies para que recorra el mundo actual, sus manos para trabajar en la construcción del Reino en el mundo actual, y todos sus miembros para “completar lo que falta a su pasión” (Col 1,24)¹⁷.

Es un “deber” para la Iglesia, dice Mons. Romero, “prestar a Cristo en la historia” su voz, sus pies, sus manos y todos sus miembros para acercar la salvación de Dios a la historia de cada pueblo y, por lo tanto, a la historia salvadoreña. Cuando aquí habla de la Iglesia, debe tenerse presente su doble significado. Por un lado, hace referencia a la jerarquía eclesiástica. Por el otro lado, también alude a los laicos. Unos y otros están llamados a ser el “Cuerpo histórico de Cristo”. Para Mons. Romero, “todos los bautizados formamos la Iglesia que encarna a Cristo en la historia de nuestra patria”¹⁸. Los cristianos tenemos el compromiso de construir “una patria mejor que refleje en nuestra historia de la tierra el Reino definitivo de los cielos”. No cumplir o no ser fiel a este compromiso sería traicionar “nuestra fe y nuestra misma Patria”.

La presencia de Cristo en la historia no debe entenderse solo en términos culturales. También debe ser comprendida a partir del influjo que su “cuerpo histórico” tiene sobre la sociedad, la economía, la política, la cultura, etc. El cristianismo, como religión, y la Iglesia, como expresión organizada de esa religión, siempre tuvieron y tendrán consecuencias históricas, repercusiones políticas, consecuencias “terrenales”. De ello era consciente Mons. Romero. No le preocupaba tanto que la Iglesia, por acción u omisión, influyera en la configuración sociopolítica del mundo, sino el sentido de esa influencia para la historia. Le interesaba que esta se configurara según la fe en un Dios, Padre de Jesucristo y de todos sus hermanos y hermanas, los seres humanos.

3.2. Los cristianos laicos

El fundamento de la participación política de los laicos cristianos también tenía fundamento cristológico. A través de la Iglesia, conformada por los cristianos, Cristo sigue presente en la historia humana. A través de ellos, Cristo concreta, a lo largo de los siglos, su propia vida y su misión personal¹⁹.

No obstante la misma fundamentación cristológica, la participación política de los laicos tiene un estatuto diferente al de la jerarquía eclesiástica. En primer lugar, esa participación es personal, no en representación de la institución eclesial. Otra cosa es que un miembro de la jerarquía, un obispo, se lo haya pedido de modo expreso o le haya dado de manera explícita una misión. Pero no es esta la excepción que aquí interesa, sino la participación política de los laicos cristianos, que Mons. Romero alentó en su ministerio episcopal. Así, por

17. *Ibid.*, p. 48.

18. *Ibid.*, p. 65.

19. *Ibid.*, p. 48.

ejemplo, en la homilía del 28 de mayo de 1978, lanzó el siguiente desafío a los cristianos católicos.

Si creemos de verdad que Cristo, en la eucaristía de nuestra Iglesia, es el pan vivo que alimenta al mundo, y que yo soy el instrumento, como cristiano que creo y recibo esa hostia y la debo llevar al mundo, tengo la responsabilidad de ser fermento de la sociedad, de transformar este mundo tan feo. Eso sí sería cambiar el rostro de la patria, cuando de veras inyectáramos la vida de Cristo en nuestra sociedad, en nuestras leyes, en nuestra política, en todas las relaciones. ¿Quién lo va a hacer? ¡Ustedes! Si no lo hacen ustedes, los cristianos salvadoreños, no esperen que El Salvador se componga. Solo El Salvador será fermentado en la vida divina, en el reino de Dios, si de verdad los cristianos de El Salvador se proponen a no vivir una fe tan lánguida, una fe tan miedosa, una fe tan tímida (28 de mayo de 1978, Tomo II, p. 533).

Los cristianos, según Mons. Romero, han de ser fermento de la sociedad, agentes de transformación del mundo e inyectar la vida de Cristo en todas las relaciones. Si aquellos no asumen su responsabilidad, derivada de la fe, El Salvador no se salvará. La construcción lógica de la frase así lo indica: “Si creemos [entonces], tengo la responsabilidad”.

De esa manera, los cristianos han de transformar los distintos ámbitos sociales en los que se mueven. Desde la familia, el barrio, la comunidad, el pueblo, el país, hasta el mundo entero. Se trata de una peculiar forma de entender el apostolado de los cristianos (23 de julio de 1978, Tomo III, p. 123). Entre más asuman los cristianos esta responsabilidad de ser fermento, mayor será su capacidad para transformar esos ámbitos. En esta afirmación subyace un principio teológico importante. Dios quiere actuar en la historia a través de los cristianos, pero sin que ello excluya que solo actúa a través de ellos. La salvación de Dios se hace histórica mediante la acción de los seres humanos, entre ellos, los cristianos. La salvación de Dios puede llegar a las familias, a los barrios, a la comunidad, al pueblo, al país y al mundo entero si los cristianos asumen su papel transformador, si mueven esos ámbitos en la dirección que Dios quiere. Así es como la salvación de Dios se hará historia en la sociedad salvadoreña. Así es como El Salvador encontrará salida a sus problemas. Y recordarnos esto es el papel del pastor y de la misión de la Iglesia.

La salvación es un hecho histórico, no del pasado, sino la historia presente de cada pueblo, de cada hombre, de cada comunidad. Y esto es interesante que lo tengamos muy en cuenta, porque los hechos históricos, si nosotros los enfocamos directamente, semana a semana, no es por un afán de salirnos del Evangelio y de la mente de la Iglesia, sino para que esa salvación que Dios está haciendo de los salvadoreños, encarnada en su propia historia, la busquemos allí donde la debemos buscar, en nuestros hechos históricos (19 de noviembre de 1978, Tomo III, p. 400).

La participación política de los cristianos, a la cual Mons. Romero animaba, se deriva directamente de la fe. Así lo reafirmó en la homilía de las exequias del padre Ernesto Barrera.

Es necesario [...] reafirmar como cristianos que no podemos vivir una piedad, un Evangelio, una trascendencia, una mirada hacia la eternidad, sin poner los pies en la tierra. Es necesario reafirmar que, precisamente porque esperamos un cielo que será premio de nuestros esfuerzos en la tierra, por lo que tenemos que trabajar intensamente, cada uno en su propia vocación, por un mundo mejor (29 de noviembre de 1978, Tomo III, p. 443).

De nuevo, Mons. Romero construye una frase con una estructura lógica causal: “porque esperamos... [es] por lo que tenemos que trabajar por un mundo mejor”. La esperanza en “un cielo” es el fundamento del trabajo intenso por un mundo mejor. Este trabajo se puede realizar en cualquiera de los espacios antes mencionados —la familia, el barrio, la comunidad, el pueblo, el país y el mundo. No hay que pasar inadvertido el adverbio que utiliza al hablar del trabajo, “intensamente”. La praxis de Mons. Romero muestra que el uso de este adverbio no fue una cuestión meramente gramatical. Su ministerio episcopal fue “intenso”, tal como lo demandaban las circunstancias históricas en las cuales le tocó vivir. De la misma manera, esperaba que los cristianos también trabajaran “cada uno en su propia vocación”.

En la medida en que la situación del país se volvía más crítica y la posibilidad de un estallido social era cada vez más real, Mons. Romero insistió con más fuerza en la necesidad de que los cristianos (los laicos) participaran en el proceso político. La progresión se observa en la siguiente secuencia de extractos de algunas de sus homilías, entre julio de 1977 y marzo de 1980. La primera cita coloca al cristiano ante la lucha para erradicar el pecado del mundo y para implantar el reino de Dios en la tierra. Es un compromiso que el mismo evangelio reclama.

El cristiano no debe tolerar que el enemigo de Dios, el pecado, reine en el mundo. El cristiano tiene que trabajar para que el pecado sea marginado y el reino de Dios se implante. Luchar por esto no es comunismo. Luchar por esto no es meterse en política. Es simplemente el Evangelio que le reclama al hombre, al cristiano de hoy, más compromiso con la historia (16 de julio de 1977, Tomo I, p. 192).

Si tanta maldad hay en el mundo, eso puede significar que el pecado, enemigo de Dios, es más fuerte que los cristianos. Pero también puede indicar que los cristianos no están suficientemente comprometidos con la historia, sobre todo, en sociedades como la salvadoreña, cuya población manifiesta mayoritariamente ser cristiana. ¿Hasta dónde están comprometidos los cristianos salvadoreños con su propia historia? ¿Hasta dónde están comprometidos con la lucha por erradicar

el pecado, individual y estructural, de esta sociedad? ¿Es que hay demasiada tolerancia al enemigo de Dios? ¿Qué clase de cristianos son los salvadoreños que se declaran como tales?

Dos meses más tarde, Mons. Romero vuelve sobre la responsabilidad de los cristianos (los laicos) para hacer este mundo más conforme al designio divino. En el mundo pueden prevalecer tendencias perversas que dividen y alejan entre sí a los seres humanos, de allí “la necesidad entonces de que el bautizado, el seglar que tiene que manejar las cosas temporales, tenga criterios bien sanos y colabore a que este mundo sea conforme al designio de Dios, y los bienes estén mejor distribuidos y todos los hombres nos sintamos hijos de Dios (18 de septiembre de 1977, Tomo I, p. 325).

El designio de Dios no es un asunto exclusivo de los cristianos. Hay otras personas que sin declararse cristianas, e incluso declarándose no creyentes, pueden aportar a la realización histórica de ese designio. Por eso, Monseñor habla de colaboración. Se trata de un trabajo a realizar con otros. Este es el sentido de *co-laborar*. La diferencia está en los criterios, en la inspiración, en la consideración de que el fin último no es la mejora de la distribución de los bienes, sino la consecución de una sociedad de hermanos, es decir, una sociedad donde “todos los hombres [y las mujeres] nos sintamos hijos de Dios”. Esta finalidad implica una mejor distribución de los bienes, lo cual es una mediación. Y las mediaciones en las sociedades son materia de la acción política. Si bien Mons. Romero no menciona la palabra política o compromiso con la historia, sí señala el deber de los bautizados en el ámbito de realización política, de acuerdo a determinadas coordenadas históricas.

En diciembre de 1977, volvió a insistir en la “colaboración” de los cristianos. Pero en esta ocasión no lo hizo en referencia a otros seres humanos, sino a Dios. De manera audaz, Mons. Romero hace teología, afirmando que “Dios necesita hombres” y los cristianos, especialmente aquellos que lo escuchaban, debían atender ese llamado.

Todos los cristianos que están aquí presentes tienen que comprometerse, en esta mañana, a ser colaboradores con Dios. Dios necesita hombres, Dios necesita instrumentos que sean como José, que sean como los ángeles, que colaboren con Dios en desarrollar sus designios de amor, de salvación, de esperanza en la tierra. Dichosos los cristianos que saben santificar su vida con el Evangelio y se hacen como José instrumentos de la salvación de Dios (28 de diciembre de 1977, Tomo II, p. 156).

La necesidad de la acción es tan urgente, que Mons. Romero interpela a su auditorio para que tome la decisión “esta mañana”. Así lo exigía la gravedad de la crisis nacional. Solo Dios podía salvar al país de la terrible década que se avecinaba, que ya estaba a las puertas. Y justamente por eso, a quienes asumen

el compromiso histórico de colaborar con Dios en la obra salvífica como sus instrumentos, los llama “dichosos”, es decir, “bienaventurados”.

Dios necesita hombres y mujeres que colaboren con él, que sean instrumentos de su salvación. Hombres y mujeres que mediante su trabajo “en el mundo”, “manejando las cosas terrenales”, hagan de este mundo, de esta sociedad, de este país, un hogar donde quepan todos y donde todos se sientan felices. La “necesidad de Dios” pide una respuesta “esta mañana”, en el hoy y en el aquí, o bien, tal como gustaba decir a Monseñor, “en esta hora”. Los cristianos salvadoreños debían trabajar por la felicidad de los habitantes del país. No se trataba de cualquier felicidad, sino de aquella que proviene de un triple reconocimiento: Dios es el “dueño” de las fuentes de la riqueza del país, la riqueza producida debe beneficiar a todos y esto debe ser así porque, como “imágenes suyas en la tierra”, todos tenemos la misma dignidad de ser hijos e hijas de un mismo Padre, y, por lo tanto, la de ser todos hermanos y hermanas (8 de enero de 1978, Tomo II, p. 197). Pero como esto no es evidente, los cristianos también habían de trabajar para crear la percepción de que todos somos “hermanos” por filiación divina²⁰.

El compromiso concreto del cristiano es específico. Cada uno debe buscar dónde encaja mejor, cuál ha de ser su tarea específica, su contribución, su colaboración. Lógicamente, unos harán tareas más relevantes que otros, pero no por eso unos han de ser considerados más importantes que los otros. En su comentario a Efesios 3,2-3^a.5-6, en la fiesta de la epifanía de 1976, Monseñor aplica la metáfora organicista a la sociedad.

[N]uestra función como cristianos, como salvadoreños cristianos, es reconocer en este país de bautizados cuál es el puesto que cada uno tiene que ocupar para hacer una patria feliz, una patria sin violencias, una patria sin represiones, una patria en que unos [no] se sientan con derecho a todo y otros marginados sin derecho a nada, una patria en que todos nos sintamos miembros aunque seamos pie en la pobreza, pero desde la pobreza y del trabajo, saber amar a todo el organismo, en sentido de servicio, o desde la cabeza y del corazón, no sentir ninguna superioridad, sino sentir razón de

20. La preocupación por una mejor distribución de los bienes para que todos los salvadoreños gozasen de ellos está presente en la carta pastoral como obispo de Santiago de María, en 1975, en la cual Monseñor hace un llamado, basado en la *Lumen gentium* (36), a los laicos, para que “con su actividad, elevada desde dentro por la gracia de Cristo, contribuyan eficazmente a que los bienes creados, de acuerdo con el designio del Creador y la iluminación de su Verbo, sean promovidos [...] para utilidad de todos los hombres, sin excepción; sean más convenientemente distribuidos entre ellos y, a su manera, conduzcan al progreso universal en libertad humana y cristiana” (p. 22).

servicio a todo el organismo que se necesita mutuamente (8 de enero de 1978, Tomo II, p. 199)²¹.

La participación de los cristianos (los laicos) en la política, en concreto, en las organizaciones populares políticas, es un tema presente en el pensamiento de Mons. Romero desde mediados de 1978. La cuestión la trata en la tercera carta pastoral, suscrita también por Mons. Rivera. En mayo de 1979, se refirió a los cristianos como agentes transformadores. En efecto, el compromiso del cristiano con su fe o la respuesta a la “necesidad de Dios para colaborar con él”, se concreta en la lucha por la transformación social, que incluye el anuncio, como “mensajero del Espíritu y del Señor”, de su necesidad. Monseñor une al llamado a convertirse en fuerza de transformación social, la preocupación por la fidelidad al Señor. Meterse en política puede llevar a los cristianos a abandonar su fe. Así como la política puede ser una mediación para historizar la salvación, también puede ser una mediación para estructurar el pecado o para reproducir las estructuras de pecado. En el ámbito político, los cristianos corren el riesgo de verse arrastrados por comportamientos pecaminosos, que se objetivan luego en pecado. Por eso, el cristiano llamado a ser agente de transformación ha de participar en la política siendo fiel al Señor y bajo el impulso del Espíritu Santo (13 de mayo de 1979, Tomo IV, p. 446).

La fidelidad al Señor posibilitará a los cristianos que se meten en la política iluminarla desde la acción y desde la estructura. Estos cristianos, según Mons. Romero, podían considerarse “santos”. De esa manera, la Iglesia contaría con una nueva clase de santos, surgidos en los ambientes seculares de la política, la economía, la técnica, etc.

Cuando haya cristianos en El Salvador verdaderamente iluminados por la fe y por el amor de Cristo, y bien compenetrados de la doctrina social de la Iglesia, entonces tendremos, en medio de agrupaciones políticas, la presencia de una Iglesia llevada por ustedes, los laicos, que tienen que ir a los campos políticos, sociológicos, económicos, técnicos. Ustedes, los seglares, que tienen que ser los santos del mundo, santos políticos, santos comerciantes, santos profesionales, lo serán en la medida en que su profesión, su acción política se ilumine por el Cristo que es vida de Dios encarnada en el hombre (12 de agosto de 1979, Tomo V, p. 216).

Así, pues, los cristianos encuentran en la política una posibilidad para la santificación. Claro está, no en los términos del derecho canónico, pero sí según la tradición bíblica, que llama a impregnar todos los ámbitos de la vida con la santidad de Dios. Uno de esos ámbitos, decía Mons. Romero, es el de las

21. El “no” que está entre corchetes es un agregado del autor para que la frase sea coherente con el sentido de toda la cita.

“agrupaciones políticas”. Se refería a las “organizaciones populares políticas” de finales de la década de 1970. Especialmente, aquellas organizaciones que se hacían llamar cristianas o en las que había una presencia significativa de cristianos de extracción popular. Esta clase de santificación incluye a cualquier otra organización de cualquier otro tiempo y lugar. Cabe recordar que nada escapa a la encarnación de Dios. Pero, de nuevo, Dios necesita de la colaboración de hombres y mujeres. De ahí que los cristianos han de ser “cristianos activos”, “bien metidos en la historia”. Han de ser sujetos de su propia historia. Ningún cristiano debiera abstenerse de contribuir a hacer de esta tierra un lugar común para todos, es decir, una comunidad política.

Quiero terminar llamando, pues, a todos a hacer nuestra patria. Hemos visto, a la luz de la doctrina de la Iglesia hoy, que la comunidad política hay que crearla entre todos, que tenemos que ser cristianos activos, bien metidos en la historia de nuestro pueblo para saber dar nuestro aporte allí donde se debe dar según nuestro modo de pensar, que seamos un pueblo artífice de su propio destino (28 de octubre de 1979, Tomo V, p. 486).

En marzo de 1980, en medio de la crisis provocada por la ruptura del régimen autoritario, Mons. Romero urgió la presencia de los cristianos en el proceso político. Tres proyectos políticos se disputaban el apoyo popular: el de la Fuerza Armada, el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y el gobierno de Estados Unidos; el de la oligarquía y los sectores extremistas de derecha, el cual luego dio origen al partido Alianza Republicana Nacionalista (Arena); y el de las organizaciones populares, que poco a poco conformaron el Frente Democrático Revolucionario (FDR) y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Previendo de alguna manera que de ninguno de ellos vendría la salvación que Dios quería otorgar a los salvadoreños, Mons. Romero deseaba que los jóvenes, hombres y mujeres, con un profundo sentido cristiano se insertaran en la política para dar testimonio de la trascendencia “hoy más que nunca” (2 de marzo de 1980, Tomo VI, p. 349).

Monseñor nunca hizo proselitismo a favor de ninguna de las organizaciones políticas, aunque veía con buenos ojos y con esperanza a las organizaciones populares. Sin embargo, su misión consistía en animar a participar según la conciencia de cada uno. No se podía obligar a ningún cristiano a organizarse y mucho menos a hacerlo en una determinada organización política. En este sentido, se puede decir que Mons. Romero no tiene en mente a *una* determinada organización política cristiana, sino la participación de los cristianos en varias organizaciones políticas, según les indicaran su conciencia y los principios cristianos a los cuales debían mantenerse fieles. Por eso, habla de “llevar este testimonio de trascendencia” a la organización desde la que cada quien quisiera aportar “al proceso de nuestro pueblo”.

El activismo político del cristiano volvió a aparecer en la homilía del 9 de marzo de 1980. La participación y el activismo debían ser críticos. Los cristianos afiliados a las organizaciones políticas, sobre todo, a las organizaciones que apoyan el proyecto de la oligarquía —donde deben “saber decir no a la injusticia”—, no debían dejar que se les tratase como simple “masa”, porque con las “masas” se jugaba.

Hoy se necesita mucho el cristiano activo, crítico, que no acepta las condiciones sin analizarlas internamente y profundamente. Ya no queremos masas de hombres, con las cuales se ha jugado tanto tiempo. Queremos hombres que, como higueras productivas, sepan decir sí a la justicia, no a la injusticia y sepan aprovechar el don precioso de la vida; lo sepan aprovechar (9 de marzo de 1980, Tomo VI, p. 368).

Los cristianos asociados a las organizaciones políticas deben trabajar por la justicia (“saber decir sí a la justicia”) y deben saber aprovechar el don de la vida para dar frutos²². Los cristianos no deberían pasar desapercibidos en el seno de las organizaciones políticas o que intentan influir en la política. También podría decirse que no hay que dejar solas a las organizaciones políticas, mucho menos, “hoy”. En definitiva, se puede decir que Mons. Romero estaba convencido de que del seno de la Iglesia, del pueblo de Dios, habrían de salir aquellos que trabajarían por una auténtica liberación y por el bien común de los salvadoreños. Aquellos que, siendo fieles al Señor y a los principios cristianos, trabajarían en la política como “verdaderos liberadores” (23 de marzo de 1980, Tomo VI, p. 434)²³.

3.3. Los cristianos en las organizaciones políticas

La preocupación por la participación de los cristianos en política tenía un doble sentido. Por un lado, motivar, exhortar y fundamentar, tal como se ha explicado en el apartado anterior. Por el otro lado, la preocupación porque existía la posibilidad de instrumentalizar esa participación cristiana para fines

22. El texto que le permite hablar de “higueras productivas” y comparar a los cristianos con ellas es el de Lucas 13,1-9.

23. La expresión “verdaderos liberadores” remite a los tres proyectos políticos antes mencionados. En cierta forma, los tres reivindicaban poseer la solución de los problemas del país. Pero de esos tres proyectos, solamente el proyecto popular utilizaba el término “liberación” como parte de su ideario. Desde ese punto de vista, no sería errado plantear que el adjetivo “verdadero”, utilizado por Monseñor, implica que otros que se presentan como los liberadores del pueblo, no lo son en verdad. Por otra parte, para la comunidad eclesial, esas palabras de Mons. Romero debieran significar un enorme desafío. El pueblo de Dios debe aportar estos hombres y mujeres a la política salvadoreña. Debe descubrir y saber motivar a quienes sienten la vocación del trabajo político. Incluso tendría que crear espacios adecuados para que estos cristianos metidos en política sepan alimentar su fe en la comunidad eclesial.

particulares. Este es, precisamente, el tema de su tercera carta pastoral. Mons. Romero era consciente de que lo acusaban de pervertir el evangelio y de meterse en política, así como también sabía de muchos cristianos de base que habían pasado a engrosar las filas de varias de las organizaciones populares, algunas de las cuales incluso se llamaban cristianas²⁴. A pesar de ello, defendió el derecho de los campesinos a organizarse e incluso los animaba a hacerlo. Asimismo, sabía que esas organizaciones, sobre todo, las rurales, solían utilizar estrategias y métodos contrarios a la fe cristiana y no necesariamente perseguían los mismos objetivos por los cuales los cristianos decidían participar en la política.

La cuestión no era solo la posible instrumentalización de los cristianos por los líderes de las organizaciones políticas, sino también que algunos de esos cristianos obtuviesen ciertos beneficios por su participación. En este caso, podía suceder que esos cristianos dieran poca importancia o se olvidaran de su fe y que solo consideraran criterios temporales, olvidando la trascendencia y la esperanza cristianas. En noviembre de 1978, Mons. Romero llamó a los cristianos en las organizaciones populares a no vender su fe y su esperanza eterna por intereses inmediatos (19 de noviembre de 1978, Tomo III, p. 407). Por lo tanto, debían ser críticos con las organizaciones. El compromiso en una organización política debía ser asumido sin perder de vista los orígenes cristianos para poder ser sal y luz en el seno de dichas organizaciones, porque “manteniendo la esperanza en la muerte de Cristo”, serán los “únicos y verdaderos liberadores”. Solo de esa manera, su presencia activa en las organizaciones crearía una tensión liberadora.

Solo el hombre que lleva la fe en su corazón, la esperanza en la muerte de Cristo, que salvó al mundo porque pagó todos los pecados de los hombres y resucitó para no morir más, para ofrecer la verdadera libertad, la dignidad de los hijos de Dios, la que ha renunciado al pecado, la que profesa la verdadera dignidad humana: estos serán los únicos y verdaderos liberadores (11 de noviembre de 1979, Tomo V, p. 527).

La participación crítica de los cristianos debería tener, por otra parte, consecuencias sobre las pretensiones de aquellas organizaciones políticas que se dicen inspiradas cristianamente. En la homilía del 27 de mayo de 1979, volvió a insistir en que no se intentara instrumentalizar el cristianismo o la Iglesia con fines políticos.

Quede bien claro eso. Ninguna organización puede reivindicarse el título cristiano. Si es una lucha política, es campo abierto a creyentes y no creyentes; y nadie identifique una organización, mucho menos de fuerza terrorista, con la Iglesia; como si toda reivindicación, aunque fuera a fuerza de violencia,

24. Ese fue el caso, por ejemplo, de la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (Feccas).

quisiera ampararse en la Iglesia. Queda bien clara esa definición (27 de mayo de 1979, Tomo IV, p. 487).

“Quede bien claro eso” y “queda bien clara esa definición” son las expresiones que abren el planteamiento de Mons. Romero respecto a la organización que se confiesa cristiana. Su posición en este punto es enérgica. Ninguna organización política debe ampararse en la Iglesia y en el cristianismo para legitimar su acción y su estrategia política. Aquí, la Iglesia y el cristianismo incluyen sus símbolos religiosos.

La posición crítica de Mons. Romero no debe interpretarse como un rechazo. Al contrario, era una forma de prevenir su absolutización y de convertirlas en ídolos. Mons. Romero no rechazaba la organización. Al contrario, la animaba y exhortaba a los cristianos a organizarse como “un deber”, porque “las reivindicaciones sociales, políticas” tienen que buscarse no de manera aislada, sino organizadamente, como “fuerza de un pueblo que clama unido por sus derechos”. Sin embargo, había que cuidarse para no perder “la perspectiva de Dios” y para no “vender su fe en Dios por los intereses políticos de la organización”. La perseverancia en la fe hace que los cristianos sean críticos e “iluminen” el quehacer de las organizaciones “para que no pisoteen los sentimientos religiosos o nobles del pueblo” (16 de septiembre de 1979, Tomo V, p. 324).

En concreto, a Monseñor le preocupaba, incluso le molestaba, que los miembros de las organizaciones populares, donde participaban cristianos, se tomaran los templos e impidieran a los fieles celebrar su culto. La toma del templo pisoteaba los sentimientos religiosos del pueblo y negaba que lucharan por su bien. No se puede apoyar la lucha por una reivindicación justa que utiliza métodos injustos y estrategias que dañan al pueblo.

Los cristianos tienen mucho que aportar en las organizaciones políticas para lograr transformaciones sociales. Además de “espíritu crítico”, pueden añadir creatividad y audacia. En esto, incluso, llevan ventaja a los miembros no cristianos. Es cuestión de dejar a un lado el miedo. “Está más capacitado el cristiano, pues, que toda ideología, al ser el hombre creativo y audaz. No le tengan miedo a la política, no le tengan miedo a las transformaciones sociales” (21 de octubre de 1979, Tomo V, p. 444).

La motivación para luchar por la transformación social es otro aporte cristiano. Ahora bien, no es una motivación cualquiera que se queda en el ámbito meramente terrenal, como suele pasar en las organizaciones “revolucionarias”. La trascendencia de la motivación cristiana impide la subordinación de los cristianos frente a los no cristianos y el estancamiento, el acomodo a las circunstancias actuales y caer en la tentación de renunciar a la lucha por la liberación cuando no alcanzan los resultados deseados. Los cristianos están capacitados para contagiar de “optimismo y alegría” los esfuerzos por la transformación social.

Queridos cristianos, nuestra actitud cristiana frente a las situaciones y coyunturas de los pueblos no tiene que confundirse con actitudes revolucionarias que no creen en Dios. Tiene que ser la alegría de la esperanza que trabaja aun unida a aquellos que no tienen fe ni esperanza, pero poniéndole un elemento nuevo, no dejándose subordinar, sino impulsando con nuevas motivaciones la lucha de la tierra; que no será eficaz mientras no cuente con esta trascendencia del que da optimismo y alegría y le puede comunicar fermento y fuerza a todas las luchas de la tierra (16 de diciembre de 1979, Tomo VI, pp. 55-56).

El presente y el futuro de los jóvenes (cristianos y no cristianos) fue otra preocupación en la mente y en el corazón de Mons. Romero. Las organizaciones populares se alimentaban de muchos jóvenes cristianos, que aportaban su ilusión por el cambio y por alcanzar un presente y un futuro mejor para todos. El llamado a mantener la fidelidad cristiana en la lucha organizada de los jóvenes resonó en la homilía del último domingo de 1979, un momento crucial en la coyuntura política del país, pues el gabinete de la Junta Revolucionaria de Gobierno, constituida a raíz del golpe de Estado del 15 de octubre de aquel año, había amenazado con renunciar si no se detenía la represión al movimiento popular y se iniciaban las reformas sociales. Era, pues, un momento de crisis de gobierno. Y las organizaciones populares tensionaban más la situación con llamados a la insurrección popular. En esa coyuntura, los jóvenes organizados debían ser “fermento” y debían impedir las “locuras” a las cuales los llevaban los dirigentes de dichas organizaciones.

De allí, queridos jóvenes, si ustedes pertenecen a organizaciones políticas populares, ustedes llevan un compromiso especial. Ustedes, además de ser pueblo de El Salvador, son pueblo elegido de Dios, pueblo sacro, consagrado a Dios, pueblo amado de Dios. No pierdan ese amor haciendo locuras que, tal vez, les puedan imponer otras ideologías. Sepan ser fermento en sus organizaciones; sepan dar su compromiso político sin traicionar el amor que Dios les tiene como pueblo de Dios; sepan ser, donde quiera que vayan, familia de Dios (30 de diciembre de 1979, Tomo VI, p. 118).

La referencia a la “familia de Dios” viene dada por la festividad de la “Sagrada Familia”. En esa ocasión, Mons. Romero advierte a los jóvenes cristianos no abandonar la “familia cristiana”, ilusionados por su protagonismo político. Un protagonismo que los podía llevar a actuar violentamente, incluso contra su conciencia, por seguir la dirección de una organización política, donde podía haber “ateos” o “enemigos de Dios”. Los jóvenes han de vivir su compromiso político desde la fe y la comunidad cristiana, “la familia” los ha de acompañar para que no caigan en la tentación de abandonarla.

[N]o sería buen cristiano el que no vive la realidad de su país; pero sepa vivirla desde su fe; y, desde su fe, perteneciendo a esta familia sacra, amada de Dios, elegida de Dios, se va a confundir con todos los que no son elegidos

ni sacros, ni amados de Dios; tal vez, enemigos de Dios; tal vez, ateos; pero no pierdas tu fe. Tú no eres ateo, tú no eres un criminal, tú no debes prestarte a una violencia que vaya contra tu conciencia (30 de diciembre de 1979, Tomo VI, p. 119).

En febrero de 1980, cuando la situación política se agrava, Mons. Romero urgió de nuevo a los cristianos para que participaran en la política y en las organizaciones políticas. Esa podría ser una manera de responder a la pugna entre los tres proyectos políticos, que entonces se disputaban la hegemonía. En esas condiciones, los cristianos debían “optar” por un trabajo político, quizá afiliándose en las organizaciones populares que, según Mons. Romero, ofrecían una mejor perspectiva para lograr una transformación social que beneficiara a toda la sociedad. Pero esa participación no debiera implicar la pérdida de la fe, ni la pérdida del “proyecto de Dios”:

Hermanos, es hora de decisiones muy graves en nuestra patria; y los hombres tienen que optar por un trabajo también en el campo y en el progreso humano, en la política. Pero tienen que llevar, si son verdaderamente cristianos, muy grabado en su mirada, en su corazón, en su mente y en su actividad, el proyecto del reino de Dios (10 de febrero de 1980, Tomo VI, p. 257).

El proyecto de Dios, grabado en la mente y en el corazón, se traduce en el “compromiso cristiano con los pobres”. Un compromiso al que los dirigentes de las organizaciones populares podrían renunciar o postergar, en función de otros intereses. Los cristianos organizados, arrastrados por la dinámica organizacional, también corren el mismo riesgo. De hecho, no pocos cayeron en esa tentación, al mismo tiempo que abandonaban su fe. Por eso, Mons. Romero anima, “van muy bien”, a quienes participan en esas organizaciones y mantienen su compromiso con los pobres. De esa manera, viven la relación entre fe y política, en medio de su comunidad cristiana y de la organización política.

Por eso, los que viven en los grupos organizados o partidos políticos no olviden: si son cristianos, vivan profundamente esta intensidad de la espiritualidad de la pobreza, vivan intensamente este compromiso cristiano con los pobres. Los hay muchos, gracias a Dios, porque muchos surgieron de nuestras comunidades eclesiales; la lástima es que muchos perdieron su fe y ya se mutilaron de lo principal. Pero quienes siguen luchando en las organizaciones políticas populares y no traicionan su fe, sino que acuden a sus comunidades cristianas a alimentar de fe su lucha y a confrontar con su fe sus criterios políticos, estos van muy bien (17 de febrero de 1980, Tomo VI, p. 286).

En su última homilía dominical, Mons. Romero volvió a la carga y de nuevo llamó a la fidelidad cristiana a quienes militaban en las organizaciones populares e incluso a quienes ocupaban puestos gubernamentales. Esa fidelidad tenía que ser alimentada empapándose del reino de Dios para “trabajar en los proyectos de

la historia”. Un cristiano en las organizaciones populares o en un puesto gubernamental no ha de ser “juguete de las ambiciones de la tierra” (23 de marzo de 1980, Tomo VI, pp. 433-434).

En su tercera carta pastoral como arzobispo de San Salvador, Mons. Romero reconoce que las comunidades eclesiales de base son lugares donde se adquiere conciencia sobre la realidad. De ahí que no fuera nada raro que sus miembros buscaran trabajar por el país, desde una organización popular concreta. Podía decirse que la inserción resultante venía inspirada por la fe, pero ese no era argumento para descalificar a dichas comunidades al malinterpretar el sentido de sus reuniones.

Finalmente merecen especial atención los grupos de comunidades cristianas a las que muchas veces se ha querido manipular y mal interpretar. Estos grupos se reúnen a reflexionar sobre la palabra de Dios que, si es una palabra encarnada en la realidad, siempre despierta la conciencia cristiana del deber de trabajar por un país más justo según las opciones concretas políticas que le inspiren su misma fe y su conciencia (*La Iglesia y las organizaciones políticas populares*, n. 35, p. 76).

Además del riesgo de manipulación, un riesgo real, a Mons. Romero le preocupaban dos “errores”. Por eso, pide claridad a los cristianos que militaban en las organizaciones populares y que también eran miembros de una comunidad eclesial. Uno de esos “errores” era la sustitución de la fe y la justicia por “lo típico de una determinada organización política” y el otro era el sectarismo, que podía rayar en la idolatría de la propia organización (*La Iglesia y las organizaciones políticas populares*, n. 82, p. 87). Esos posibles errores eran de los cristianos, no de las organizaciones populares políticas. Monseñor, un pastor celoso, trata de iluminar y de aconsejar a los fieles cristianos que han cruzado la frontera que separa a la organización eclesial de la organización política. No les prohíbe cruzar dicha frontera, ni los desanima. Pero les advierte de los riesgos, porque no desconoce las consecuencias de la dinámica de esas organizaciones. Sabe de lo absorbente que pueden resultar para una persona muy motivada e ilusionada con el trabajo político. En este sentido, Monseñor advierte la posibilidad de un conflicto de lealtades en el corazón y la mente de los cristianos. De nuevo, no se trata de rehuir esa posibilidad, sino de ser consciente de ella y de aprender a enfrentarla. Y si fuese necesario, dada una determinada evolución de la organización política, de su estrategia y su metodología de lucha, el cristiano organizado ha de optar por Dios y por los pobres, aun cuando la organización diga que también lucha por ellos.

Comprendemos también que la actividad política tiende a absorber e incluso a monopolizar el interés de las personas. Es éste un fenómeno normal de entusiasmo humano, y de ahí que surja a veces la tensión entre dos lealtades: la lealtad a la fe y la lealtad a la organización. A veces no será fácil vivir esa

tensión, y aquí también, como en todo lo nuevo, habrá que ir aprendiendo a vivir en ella. Pero es nuestro deber pastoral, aun comprendiendo las dificultades expuestas, recordar que cualquiera que sea esa tensión entre las dos lealtades, la lealtad definitiva y última de un cristiano no puede ser a una organización, por más ventajas que ofrezca, sino a Dios y a los pobres, que son “los hermanos más pequeños” de Jesucristo (*La Iglesia y las organizaciones políticas populares*, n. 89, p. 89).

La lógica de asimilación experimentada por los cristianos en las organizaciones políticas, que puede llevarlos a suplantar la fe por la ideología política, es para Mons. Romero una lógica pecaminosa, que puede desembocar en adulterio. A él estarían expuestos tanto los sectores eclesiales más comprometidos e insertos en la lucha por la justicia y la transformación social, como los cristianos que optan por realizar un trabajo directamente político, desde una organización política. Y como pastor, Monseñor también advierte de este peligro.

Perder de vista o alterar los principios cristianos constituye otro pecado o peligro al interior de la Iglesia. En un noble esfuerzo de renovación y adaptación de la Iglesia a nuestro pueblo tan politizado se puede caer en el otro extremo del pecado que acabo de señalar, es decir, en una adulteración, de carácter político o ideológico, de la fe y de los criterios cristianos. Sobre todo son propensos a este pecado los cristianos que, motivados por su misma fe, toman opciones políticas concretas (*Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país*, n. 28, p. 126)²⁵.

3.4. Los cristianos en el gobierno

Otro grupo de cristianos a los que Mons. Romero se dirigió en diversas ocasiones, en sus homilias, en las cartas pastorales y en sus escritos, publicados en el semanario arquidiocesano *Orientación*, fue el de los cristianos en el gobierno. Cuatro gobiernos se sucedieron durante su ministerio episcopal —el del general Carlos H. Romero, que tomó posesión en 1977 y fue derrocado por un golpe militar en octubre de 1979, y tres juntas revolucionarias de gobierno, desde octubre de 1979 hasta marzo de 1980.

Recién integrado el gabinete del general Romero, en julio de 1977, Monseñor observó que en él había “muchos” cristianos activos, no solo bautizados, sino “hasta cursillistas de cristiandad”. Esperaba que ese grupo hiciera la diferencia respecto al gobierno anterior, pero para ello debían guiar su gestión “escuchando el Evangelio”. Tomar esto en serio significaba dejarse interpelar y actuar consecuentemente, es decir, “empujar cambios estructurales”, que alejaran la violencia

25. El “pecado que acabo de señalar” se refiere a la “falta de renovación y adaptación” de la Iglesia a las orientaciones del concilio Vaticano II, de Medellín y de Puebla (*Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país*, n. 26, p. 124).

y crearan “un ambiente propicio a la paz” (3 de julio de 1977, Tomo I, p. 171). El actuar consecuente era un deber y una obligación. Un cristiano no podía proceder de otra manera en una situación de pecado estructural, “provocadora de violencia”. Mons. Romero esperaba mucho de la actuación de esos cristianos en el gobierno. El evangelio haría de ellos una fuerza transformadora.

Ahora bien, la presencia de personas que se dicen cristianas en el gobierno no era garantía de diferencia o de cambio. La diferencia vendría dada por los “cristianos auténticos”, hombres y mujeres, que “escuchan el Evangelio” y actúan consecuentemente. Si este era el caso, el pueblo que gobiernan estos “cristianos” debería de sentirse bienaventurado.

Dichosos los pueblos que tienen gobernantes cristianos. Dichosos los pueblos cuyos reyes adoran al Rey de la historia, al Señor, y descubren en él lo que Dios quiere para sus pueblos y no se hacen tiranos de los pueblos, sino administradores de la voluntad del Señor, que quiere la felicidad y la luz de los pueblos (6 de enero de 1980, Tomo VI, p. 152).

El fundamento de la bienaventuranza de esos pueblos es la actitud de adoración al Señor, “Rey de la historia”. Sin dejar de ser personas de carne y sangre, los “gobernantes cristianos” deben buscar y descubrir la voluntad de Dios para sus pueblos, sus gobernados. Al buscar la felicidad de sus pueblos, sirven a Dios y ponen de manifiesto al Dios que adoran. Estos “gobernantes cristianos”, en particular, y los “políticos cristianos”, en general, se reconocen por tres actitudes, que Mons. Romero identificó en la homilía de la epifanía de 1980. La primera actitud es el desprendimiento y la desinstalación, “los magos ven la estrella, sienten el llamado de Dios y emprenden el camino”. De la misma manera, la escucha del evangelio no deja a los “gobernantes cristianos” en el mismo lugar, ni con las mismas tácticas utilizadas por los otros “gobernantes no cristianos”. La segunda actitud es la búsqueda. Estos gobernantes no pretenden saberlo todo, no son autosuficientes. Al contrario, buscan con humildad junto con otros los caminos que llevan a la verdadera felicidad de sus pueblos. Por lo tanto, estarán abiertos al diálogo. La tercera actitud es la adoración. Esos gobernantes no se volverán orgullosos y soberbios, ni buscarán la adulación de los otros. Al contrario, junto con su pueblo adorarán al único Dios. Por lo tanto, no querrán ser ídolos, ni tendrán un ídolo al cual adorar.

Cuando la segunda y la tercera juntas revolucionarias de 1980 llegan al poder, mediante un pacto entre la Fuerza Armada y el Partido Demócrata Cristiano, Mons. Romero apeló al “cristianismo” de sus integrantes para encontrar una solución a la crisis sociopolítica del país. Al parecer, no estaba satisfecho con el papel que jugaban aquellos que se autodenominaban cristianos. A todos ellos les cuestionó su cristianismo.

Y los que tienen vocación política y están metidos en organizaciones o en partidos políticos, o en el Gobierno o en el Ejército, o en cualquier mando de la realización política de nuestra patria, ¿son cristianos de verdad?, ¿están realizando su fe en lógica consecuencia, en las realidades que tienen entre manos? (10 de febrero de 1980, Tomo VI, p. 259).

Los cristianos, para Mons. Romero, deben marcar la diferencia allí donde se encuentran. Más aún, si es en el gobierno. Si no es así, qué clase de cristianos son. Los frutos deben manifestarse “en las realidades que tienen entre manos”, es decir, la gestión gubernamental. Si no hay diferencia, si no “realizan su fe en lógica consecuencia”, quizá no son cristianos de verdad. Desde la perspectiva de Mons. Romero, sería ideal que los gobernantes tuvieran una experiencia personal de Dios antes de llegar a gobernar (9 de marzo de 1980, Tomo VI, p. 370). Esa experiencia garantizaría la bienaventuranza de sus pueblos. La experiencia de Dios lleva a actuar en consecuencia. Quizá por eso Mons. Romero insistía en que los verdaderos liberadores del pueblo saldrían de entre los cristianos. Entonces, ya sea desde las organizaciones, desde los partidos o desde el gobierno, los cristianos se esforzarían para implantar el reino de Dios allí donde se encuentren.

El gran trabajo de los cristianos tiene que ser ese: empaparse del reino de Dios y, desde esa alma empapada en el reino de Dios, trabajar también los proyectos de la historia. Está bien que se organicen en organizaciones populares, están bien que hagan partidos políticos, está bien que tomen parte en el Gobierno, está bien con tal que seas un cristiano que llevas el reflejo del reino de Dios y tratas de implantarlo allí donde estás trabajando, que no seas juguete de las ambiciones de la tierra (23 de marzo de 1980, Tomo VI, pp. 433-434).

3.5. ¿Y los ricos?

Además de dirigirse a la Iglesia, a los cristianos que actúan a título individual, a los cristianos en las organizaciones políticas y a los cristianos en el gobierno, Mons. Romero también hizo llamados específicos a los ricos y a los empresarios. En la fiesta de la epifanía de 1978, recordó que las fuentes de la riqueza nacional eran de todos.

Es la hora, pues, hermanos, en esta Epifanía, de sentirnos profundamente salvadoreños y decirle al Señor que estas riquezas que Él nos ha dado son tuyas y que nosotros, como imágenes tuyas en la tierra, tenemos que trabajar para que en ellas se beneficien, se hagan felices todos sus hijos (8 de enero de 1978, Tomo II, p. 197).

En estas breves líneas encontramos elementos que hay que resaltar. Monseñor afirma que no hay que postergar la acción, “Es la hora”. Ahora es el tiempo propicio. Es ahora cuando hay que reconocer, si se es cristiano auténtico, que

las riquezas del país son del Señor. Él es el dueño. Si alguno las posee temporalmente como propias, debe reconocer que, en realidad, son del Señor y que están allí para beneficio de todos “sus hijos”, no solo para quienes las administran como “dueños”, no solo para unos pocos. El fin último de las riquezas es la felicidad de todos los hijos de Dios. Al menos esto es lo que debían creer los cristianos, incluso aquellos que poseen riquezas.

En segundo lugar, si Dios ha proporcionado la riqueza y sus fuentes para la felicidad de todos sus hijos, aquella no debía ser obstáculo para “entrar en el reino de los cielos”. El punto crucial está en la actitud frente a la riqueza y en el uso que se haga de ella.

No usemos, queridos capitalistas, la idolatría del dinero, el poder del dinero para explotar al hombre más pobre. Ustedes pueden hacer tan felices a nuestro pueblo si hubiera un poquito de amor en sus corazones. ¡Qué instrumentos de Dios serían ustedes con sus arcas llenas de dinero, con sus cuentas bancarias, con sus fincas, con sus terrenos, si no los usaran para el egoísmo, sino para hacer feliz a este pueblo tan hambriento, tan necesitado, tan desnutrido! (25 de marzo de 1979, Tomo IV, p. 318).

Aquí, Mons. Romero llama “queridos capitalistas” a “los ricos”. El pastor ama a todas sus ovejas sin excluir a ninguna. Pero eso no obsta para que ese amor se manifieste de manera diferente, según el destinatario. El amor de Dios es universal, pero no llega a todos de la misma manera, porque en la historia los seres humanos viven de manera desigual. A estos ricos, a quienes Monseñor considera sus “hermanos”, porque también son hijos del mismo Dios-Padre, les anuncia una buena nueva: ¡podrían ser instrumentos de Dios! Podrían hacer la voluntad de Dios con su riqueza, si procuran la felicidad de “nuestro pueblo”. El amor preferencial por los pobres no excluye a los ricos. Al contrario, estos también están llamados a practicar esa preferencia. Lo harían si tan solo compartieran su riqueza con los más pobres, en lugar de ver a estos como simples objetos de explotación o incluso como estorbo para apropiarse de lo que Dios ha destinado para el disfrute de todos sus hijos e hijas.

Así, pues, Monseñor llamó a los terratenientes a compartir sus ganancias. El fin de una economía inspirada por valores cristianos era compartir la riqueza generada por todos y entre todos.

Quiero decirles, pues, que tanto algodoneros como cosechadores de henequén, de café, etcétera, tengan en cuenta el principio cristiano que hoy nos ha dicho la palabra de Dios: el compartir. Es decir, no se debe de invertir solo con esperanza de acaparar grandes ganancias. Aunque no sean grandes las ganancias y aun cuando hubiera riesgos de pérdida, el fin del cultivo tenía que ser este fin cristiano y humano: dar trabajo, compartir los bienes, la tierra que el Señor nos da y nos riega, que seamos hermanos, que seamos cristianos

y que no dejemos morir de hambre solo por el riesgo de no haber querido exponernos a obtener las ganancias que en otras ocasiones se han tenido (22 de abril de 1979, Tomo IV, p. 428).

Hoy podría decirse que el inversionista y el empresario que se dice cristiano deben dar un sentido diferente a sus inversiones. En lugar de buscar la generación de un excedente económico para convertirlo en riqueza y acumular, ese excedente debe ser compartido más que apropiado. En una sociedad “según el corazón de Dios”, nadie debe pasar hambre. Aquí se decide el cristianismo de los empresarios y de los inversionistas. Si las inversiones empresariales se orientaran a la creación de la hermandad, seguramente serían exitosas. Muy probablemente, los empleados y los trabajadores serían los primeros defensores de dichas inversiones²⁶.

En diciembre de 1979, durante la crisis sociopolítica que llevó al país a una de las décadas más sangrientas de su historia, Monseñor vuelve a hacer un llamado a los ricos para que se muestren “cristianos generosos” y sigan el ejemplo de Jesús, quien “siendo rico, se hizo pobre por nosotros” (16 de diciembre de 1979, Tomo VI, p. 75). Los ricos y los empresarios debían manifestar su cristianismo como generosidad. Mons. Romero fundamenta cristológicamente esa generosidad: cómo yo, siendo rico, puedo no ser generoso con los demás compartiendo mi riqueza, mi experiencia, mis talentos, si Jesús, a quien confieso como mi Señor, siendo rico se despojó de su riqueza por nosotros. Mons. Romero pidió a los ricos utilizar los talentos que Dios les había dado para beneficio de la comunidad universal (16 de diciembre de 1979, Tomo VI, p. 76).

Esas no fueron todas las palabras que Mons. Romero dirigió a los ricos. Son palabras muy fuertes, como las que los profetas dirigieron contra los ricos de Israel. Sin embargo, esas no fueron sus primeras palabras. Las pronunció en un segundo momento, ante la dureza de corazón de sus “hermanos ricos”, sus “hermanos capitalistas”. De todas maneras, a pesar de ser palabras duras, también fueron palabras motivadas por el amor, similares a las que Jesús dirigió al joven rico que no quiso renunciar a su riqueza para ganar la vida eterna (Mc 10,17-26). Esa clase de palabras las encontramos en su segunda carta pastoral como arzobispo, donde Monseñor denuncia el pecado estructural en los términos siguientes.

26. Este planteamiento de Monseñor Romero debería ser una inspiración para la prédica en las parroquias a donde acuden los ricos o los empresarios a participar en la celebración eucarística. Dichas parroquias (y sus párrocos, obviamente) jugarían un gran papel al establecer puentes entre “ricos y pobres” para compartir la riqueza socialmente producida y apropiada por unos pocos a costa de los muchos. Esas parroquias y esos párrocos serían fuente de santificación de la política, de la economía, etc. Entonces sí que serían sacramento universal de la salvación de Dios.

Como Jesús, la Iglesia tiene que seguir denunciando el pecado de nuestros días. Tiene que denunciar el egoísmo que se esconde en el corazón de todos los hombres, el pecado que deshumaniza a los hombres, que deshace a las familias, que convierte el dinero, la posesión, el lucro, el poder, como fin de los hombres. Y, como cualquiera que tenga un mínimo de visión, una mínima capacidad de análisis, la Iglesia tiene que denunciar lo que se ha dado en llamar con razón el “pecado estructural”, es decir, aquellas estructuras sociales, económicas, culturales y políticas que marginan eficazmente a la mayoría de nuestro pueblo (*La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia*, pp. 53-54).

La concentración de la riqueza en pocas manos niega el amor que Dios tiene a los hombres y a las mujeres, a quienes quiere ver viviendo como hermanos. La acumulación y la concentración de la riqueza rompen la fraternidad querida por Dios.

Nuestra patria resolverá su problema en la medida en que trate de reflejar aquí, entre los salvadoreños, entre los ricos y los pobres, la justicia del reino de Dios, el amor del reino de Dios. Así como, también, está estorbando al verdadero progreso material de El Salvador el que nos oponamos al proyecto del reino de Dios. Y se opone al proyecto del reino de Dios el que unos pocos lo tengan todo y una mayoría no tenga nada (10 de febrero de 1980, Tomo VI, pp. 256-257).

La riqueza no debería ser un obstáculo para que el proyecto de Dios para El Salvador fuera una realidad. Al contrario, la riqueza tiene su lugar en ese proyecto, pero solo como medio para el amor fraterno.

¡Qué hermoso será el día en que una sociedad nueva, en vez de almacenar y guardar egoístamente, se reparta, se comparta y se divida, y se alegren todos porque todos nos sentimos hijos del mismo Dios! ¡Qué otra cosa quiere la palabra de Dios, en este ambiente salvadoreño, sino la conversión de todos para que nos sintamos hermanos! (27 de enero de 1980, Tomo VI, p. 235).

En una sociedad donde a muchos les falta lo mínimo para llevar una vida digna de seres humanos, los ricos tienen una gran oportunidad. Pueden llegar a ser instrumentos de Dios para la felicidad de otros. Esos otros que han de ser considerados y sentidos como hermanos (2 de septiembre de 1979, Tomo V, p. 279).

4. Reflexión final

El 24 de marzo de 1980, Mons. Romero murió asesinado. La palabra dejó de salir de su boca. Pero no para volverse irrelevante en el tiempo. Al contrario, al convertirse en palabra dicha, adquirió la posibilidad de trascender el momento en que fue pronunciada. Treinta y seis años después, en un contexto donde los problemas de los salvadoreños son otros, aquella palabra aún tiene vigencia: los

cristianos en El Salvador siguen siendo invitados a ser instrumentos de Dios para hacer que su salvación se haga historia.

Cada cristiano debe actualizar las palabras de Mons. Romero, sobre todo, aquellos que ven en él un instrumento de Dios y lo consideran santo. Pero también aquellos otros que ven en él solo a una persona íntegra, que buscó el bien para su pueblo. A todos ellos les corresponde ahora poner en práctica el pensamiento de Monseñor como una manera de serle fiel. Al igual que el beduino y el precursor, Monseñor señaló el camino para hacer de la sociedad salvadoreña una sociedad según el corazón de Dios.

Las tinieblas en las que se debate la vida de los salvadoreños en la actualidad representan una oportunidad, “una hora”, para que brille la luz de la salvación de Dios. La superación de los problemas que aquejan al país no está fuera del alcance, ni de los medios a disposición de los salvadoreños. Solo una cosa es necesaria: la conversión sincera para ver y sentir en el otro, en la otra, al hermano o a la hermana. Esta es la consecuencia ineludible de creer en el Dios de Jesús, un Dios-Padre-Madre. Afirmar que se cree en este Dios, considerarse su hijo, sería una falsedad si no se reconoce a “los otros hijos” como hermanos.

En este trabajo se recogen palabras de Mons. Romero que invitan a vivir la fraternidad entre los salvadoreños. Los primeros que han de vivirla han de ser los cristianos. No solo en el seno de la familia, sino también en la sociedad. El cristianismo y los cristianos pueden llegar a constituir una fuerza social transformadora, que trabaje por la conversión de unas estructuras sociales que generan violencia. Cada cristiano debe descubrir dónde y cómo podrá aportar mejor a esta gran tarea de reforma social. Su influjo, de palabra y praxis, es inevitable. La cuestión está en que ese influjo sea realizado en concordancia con la voluntad de Dios.